



CARTA PASTORAL
"LA ESPERANZA NO DEFRAUDA "

Queridos hermanos,

La bula papal del 9 de mayo de 2024 nos invita a celebrar el Jubileo 2025¹ con palabras de la carta de san Pablo a los cristianos de Roma, en la que san Pablo expresa su gratitud por la paz y la firmeza de su esperanza de participar en la gloria de Dios. Aunque el apóstol enfrenta sufrimientos en su ministerio, estos mismos sufrimientos le fortalecen, le enseñan, le hacen perseverante y le conducen a una esperanza aun más grande. "Y esta esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado" (Cf. Rom 5,5).

San Pablo nos recuerda que la paz y la certeza que experimentamos vienen del Espíritu Santo. En un mundo donde el valor de las personas se mide por el valor material, por el éxito y la aprobación social, nosotros proclamamos el valor intrínseco e inviolable de cada ser humano², un valor que proviene de Dios y que está arraigado en lo mejor de nuestra humanidad. Sabemos de sufrimientos, especialmente aquellos que enfrentamos al anunciar el Reino de Dios, pero los abrazamos, porque nuestra esperanza se fortalece en el compromiso con los más pobres y con los que más sufren.

La esperanza no muere

En nuestro pueblo se dice: "La esperanza es lo último que se pierde", "esperanza *nahavẽ*". En los momentos más oscuros y dolorosos, siempre hay en el corazón un espacio que se resiste, que se niega a rendirse. Este don es personal, pero suscita una virtud colectiva que compartimos en comunidad, apoyándonos mutuamente, especialmente en tiempos difíciles.

El sentir comunitario de la esperanza nos hace mirar los sufrimientos y pruebas en que viven muchos hermanos y hermanas, y muchos sectores de nuestra sociedad.

¹ *Spes non confundit*, mayo 2024

² Cf. *Dignitas infinita*, abril 2024

La educación en crisis: La educación, pilar fundamental para el desarrollo y la igualdad de oportunidades, es afectada por falta de inversión, escasez de recursos y desinterés en muchos sectores. Vemos una generación de estudiantes que no alcanzan su potencial, afectando su desarrollo personal y profesional y perpetuando un ciclo de pobreza y exclusión. Como Iglesia, estamos llamados a apoyar y a promover una educación de calidad que llegue a todos, especialmente a los más pobres, para que puedan crecer y contribuir a la construcción de una sociedad justa. Son necesarias una urgente revisión y la implementación de un nuevo sistema educativo que apunte a una formación integral de la persona que, además de preparar para responder a las demandas de un mercado laboral cada vez más dinámico y complejo, ayude a aportar al desarrollo del país y contribuya a formar ciudadanos responsables, con valores éticos y con conciencia cívica.

La marginación, abandono y desprotección de las comunidades indígenas: Las comunidades indígenas son parte esencial de nuestra identidad nacional, son guardianas de una rica herencia cultural. Duele e indigna ver a estas comunidades vivir en condiciones de extrema pobreza y padecer discriminación y abandono. A pesar del marco legal que los ampara, la Constitución Nacional (Capítulo V), la Ley 904/81, el Estatuto de los Pueblos Indígenas y el convenio 169 de la OIT, suscrito por el Paraguay, es cada vez más frecuente y doloroso el proceso de expulsión de sus territorios y de nuestras calles, en tanto los organismos competentes no cumplen ni hacen cumplir sus mandatos en defensa de estas comunidades en todo el territorio nacional.

El abandono de los pequeños productores en la política de desarrollo rural: Las familias campesinas, los pequeños productores, la agricultura familiar, que son la base de nuestra historia y cultura, enfrentan la falta de apoyo por parte de las autoridades del Gobierno. El desarrollo rural, a través de la reforma agraria, es un mandato que la Constitución Nacional explicita y detalla en los artículos 114 y 115. Hasta ahora, no se conocen políticas públicas que impulsen el desarrollo rural incorporando a los pequeños productores. La creación del Viceministerio de Agricultura Familiar Campesina ha sido una conquista que no se ha traducido en resultados positivos porque no se le asignan los recursos necesarios. Nos hace falta una reingeniería social, económica y ecológica. La falta del impulso de la reforma agraria justa y efectiva facilita la reconcentración de la tierra en pocas manos y expulsa a los pequeños agricultores, forzándolos a migrar a las ciudades o a trabajar en condiciones de explotación. Esto no solo debilita el campo, sino que también afecta la seguridad alimentaria de todo el país y la estabilidad de las comunidades rurales.

El autoritarismo y los abusos de poder: La concentración indebida del poder lo vuelve excluyente y distorsiona la autoridad hacia el autoritarismo, lo que a

su vez propicia la vulneración de derechos sociales, políticos y económicos fundamentales, creando un ambiente de miedo y sumisión. Los abusos de poder debilitan la confianza en las instituciones democráticas. La subordinación de las instituciones públicas al poder económico subyuga voluntades e impide un ejercicio democrático más genuino, no limitado solamente a elecciones periódicas. Esto contribuye a la descomposición moral y social, y limita el crecimiento de una sociedad basada en la justicia y en el respeto irrestricto a la dignidad humana.

La corrupción en la gestión pública y privada: La falta de integridad y de transparencia, los vicios de la administración y las malas costumbres arraigadas en la interacción social alimentan y articulan la corrupción en nuestra sociedad. Se erosiona la confianza, se malgastan y desvían los recursos destinados al bien común, sobre todo privando de recursos urgentes y necesarios para el acceso a la salud universal y a una educación de calidad, reforzando las desigualdades. Cuando la clase dirigente es corrupta, defrauda y desmoraliza al pueblo al que debe servir. A nivel privado, fomenta un ambiente de competencia desleal y reduce el acceso a oportunidades para quienes no participan en prácticas corruptas. Esta falta de integridad y transparencia, especialmente cuando se evidencia en la clase dirigente, afecta la moral colectiva y crea un ambiente de resignación y desesperanza frente a los cambios necesarios. La corrupción, la impunidad y el crimen organizado corrompen nuestras instituciones y debilitan el sistema democrático, impidiendo la realización del bien común.

La explotación sin restricciones de la Casa Común: Al considerar los elementos de la naturaleza únicamente como objeto de consumo, ignoramos el daño irreparable que estamos causando al planeta y a las generaciones futuras. La tala indiscriminada de bosques, el desvío y la explotación irracional de los recursos hídricos (ríos, arroyos, humedales, acuíferos) y la contaminación de los ecosistemas han generado una “deuda ecológica” que afecta especialmente a los más pobres, indígenas, campesinos, pescadores, quienes dependen de estos recursos para su subsistencia. El consumismo desenfrenado y la falta de cumplimiento de las leyes y reglamentos ambientales agravan y aceleran la crisis climática, la pérdida de biodiversidad y el sufrimiento de los más vulnerables de la sociedad. Es incomprensible la larga situación irregular y las graves consecuencias socioambientales de la explotación de oro en Paso Yobái sin ninguna intervención seria de parte de los organismos del Gobierno. Asimismo, es dramática la escasez de agua en el Chaco paraguayo con graves consecuencias para la vida de las comunidades indígenas. Otro caso: la destrucción de gran parte de los humedales aledaños al complejo del lago Ypoá concreta el más grande delito ambiental de los últimos tiempos, y se extiende al resto del departamento de Ñeembucú, al sur del río Tebicuary. Empresas arroceras se aprovechan en forma desmedida y sistemática de los recursos naturales, violando las leyes ambientales, constitucionales e internacionales.

La contaminación ideológica de los medios de comunicación social y la financiación de grupos de poder: Los medios de comunicación, que deberían informar con transparencia y fomentar un diálogo democrático, están a menudo influenciados y manipulados por intereses económicos y políticos que siguen sus propias agendas, lo que resulta en información parcial y distorsionada. Este problema se agrava por los sesgos de tecnologías digitales que tienden a reforzar ciertas preferencias. Como resultado, la libertad de pensamiento y la capacidad de discernir se ven afectadas, dificultando la participación de las personas en la construcción de una sociedad más justa y libre.

Incertidumbre en el futuro de nuestros jóvenes: La falta o disminución de oportunidades de estudio para muchos jóvenes afecta su horizonte de vida con inseguridad y desesperanza, lo que en algunos casos lleva a la drogadicción e incluso al suicidio. No hay opciones de crecimiento, participación y realización para ellos, de manera que puedan desarrollar sus capacidades y competencias y puedan incorporarse para contribuir al desarrollo del país.

A pesar de todo esto, seguimos creyendo que “otro país es posible”. La esperanza que llevamos dentro debe hacernos más libres y creativos para imaginar y construir un nuevo orden, basado en la justicia y el bien común.

Los cristianos tenemos una gran responsabilidad para contribuir al cambio de las estructuras de pecado que oprimen a los pobres, a los pequeños, a los vulnerables. Los cristianos estamos llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad. No hacerlo, nos ubica fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto. (EG, 187).

Fundamentos de nuestra esperanza

A menudo se reprocha a la Iglesia de fomentar una visión que pospone o sublima la realidad en favor de un futuro mejor, alcanzable solo en el cielo, restando importancia a los compromisos en el mundo. Sin embargo, esta es una mala interpretación de la escatología cristiana: afirmamos que el Reino de Dios ya está presente aquí y ahora, aunque solo alcanzará su plenitud al final de los tiempos. Permanecer en Cristo no significa esperar pasivamente su regreso, sino vivir su mandamiento en el momento presente.

La esperanza cristiana se fundamenta en Jesucristo, quien vivió testimoniando al “Dios de la esperanza” (Rom 15,13), llevando paz y consuelo a los enfermos, cautivos y marginados. Cristo sembró la esperanza a través de su pasión, muerte y resurrección. En su sacrificio en la cruz —rechazado, humillado y

objeto de burla— mantuvo viva nuestra fe y misión a través de su relación constante con el Padre (“Padre, en tus manos entrego mi espíritu”; “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”) y su amor hacia el pueblo (“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”).

En el Bautismo, morimos con Cristo para vivir con él. En la Eucaristía hacemos memoria viva y vivificante de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Los sacramentos nos alimentan en el camino de la vida para que tengamos los mismos sentimientos, la misma esperanza, el mismo compromiso de Cristo Jesús (Cf. Fil 2,5). También refuerzan la dimensión comunitaria de nuestra esperanza las celebraciones litúrgicas, la vida fraterna, la acción caritativa; son iniciativas del mismo Cristo en su cuerpo que es la Iglesia (Cf. Ef 1,22-23).

Signos de esperanza

Llevamos esta esperanza en nuestro mundo herido. La repetición misma de nuestras quejas y lamentos ante la realidad “poco esperanzadora” se puede sentir a la vez como una falta de decisión y como una “esperanza que no muere”. Tomar conciencia de la esperanza que nos habita debe hacernos más libres y creativos para imaginar otro orden y actuar.

Todo esto no se puede traducir en dos o tres acciones que lo cambiarían todo de una vez. Estamos en un sistema complejo, con muchos actores. Hay muchas resistencias. A veces, actuando de buena fe, se generan consecuencias negativas. Esto mismo, muchas veces, propicia desánimo en el camino de la esperanza. Los cambios no se ven enseguida. El Papa Francisco, en la misma bula “*Spes non confundit*” que proclama el tema del Jubileo, conjuga esperanza con paciencia, nos invita a ser “signos de esperanza” y da varios ejemplos: los jóvenes que fundan familias, la gente que comparte la suerte de los pobres, los artesanos de paz en medio de las guerras que no terminan, gente sencilla que cuida de la Casa Común... En estos ejemplos, se ven personas que siguen apostando por la humanidad y la unión en la construcción del bien común. Lo hacen con paciencia, renovando su esperanza en el compromiso cotidiano de comunidades, asociaciones, iglesias, instituciones...

Nos inspira el signo del sínodo. Desde el inicio de su pontificado, el Papa Francisco habla de este “caminar juntos”, esencial no solamente a la Iglesia sino a toda la humanidad. En muchos discursos y gestos, el Papa nos invita a buscar a los demás, a quienes son diferentes, pobres, vulnerables, para iniciar o continuar el “caminar juntos”. Invita a los cristianos, dentro de la misma Iglesia, a escucharse más, a dar pasos para una comunión más existencial, mirando juntos hacia la misión.

El “sínodo sobre la sinodalidad” es un proceso de más de tres años de conversaciones, cuestionamientos, oración, consultas, escucha, decisiones... que nos deja más conscientes del incesante proceso de la vida eclesial: ser la unidad que profesamos mediante el acercamiento mutuo, la escucha, la conversación en el Espíritu, el discernimiento, para la misión... Esto vale para “todos, todos, todos”³. Acaba de concluir la segunda asamblea en Roma y el documento final nos deja muchas tareas: implementar procesos de decisiones realmente más participativos, incluir los carismas y ministerios en una Iglesia decididamente “en salida” misionera, arraigar nuestras Iglesias en su territorio y comunidades y también abrirlas a las culturas y espiritualidades del mundo, vivir un ecumenismo más activo, etc.⁴

Este ejercicio sinodal nos deja también más humildes y la humildad es un signo de esperanza, aunque poco visible. La Iglesia enfrenta los mismos desafíos que el mundo. Nuestras comunidades se dividen y se polarizan. Algunos agentes de pastoral y miembros del clero olvidan su vocación a la escucha y al servicio. Lamentamos el dolor de los abusos de poder, abusos sexuales y de conciencia, perpetrados también en nuestro entorno eclesial. Sentimos en la Iglesia la tentación de las explicaciones y soluciones rápidas que no toman en serio la realidad, ni el necesario diálogo con las personas y los grupos. Vemos nuestra oración como muy pobre que tal vez necesita abrazar su pobreza y atreverse a decir con mayor entrega: “Hágase tu voluntad...”

El sínodo nos ha recordado que no podemos caminar solos y que necesitamos aprender a escucharnos por medio de la conversación en el Espíritu. El mundo está lleno de personas y grupos de diversos credos, ideologías y valores, que también buscan el bien común. Nos sentimos llamados a dejar atrás posturas de superioridad moral o aislamiento y abrimos a la posibilidad de colaborar con quienes comparten la preocupación por la justicia, la paz y el cuidado de la creación. El diálogo interreligioso y la cooperación con otros sectores de la sociedad son signos concretos de esperanza y humildad, donde nos reconocemos como compañeros en la búsqueda de un mundo mejor para todos. En la Doctrina Social de la Iglesia encontramos los principios que nos orientan en esta gran tarea de diálogo social por el bien común.

Semillas de esperanza

No obstante los muchos males manifestados o asuntos por mejorar, en nuestro país hay muchos signos de esperanza, pequeños gestos de la gente que nos invitan a anhelar días mejores:

- En momentos difíciles, nuestro pueblo siempre muestra su solidaridad, o “jopói”, la práctica de la minga. Ya sea organizando colectas para ayudar a

³ Cf. Papa Francisco, JMJ Lisboa, agosto 2024.

⁴ Cf. documento final, 2ª Sesión, XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sínodo “Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión”, octubre 2024

los afectados por desastres naturales, apoyando a las familias en necesidad o colaborando para sostener hospitales y comedores comunitarios, la gente responde con generosidad, incluso cuando los recursos son escasos.

- Aunque muchas veces en silencio, hay comunidades que están comprometidas con el cuidado de la Casa Común. Cada vez más hay personas que se van uniendo y organizando para defender su territorio contra atentados a la naturaleza. Algunos agricultores y organizaciones practican técnicas sostenibles, agroecológicas, plantan árboles y cuidan ríos y arroyos locales, entendiendo que el futuro depende de gestos concretos hoy para proteger la naturaleza.
- Muchos jóvenes están involucrándose en actividades solidarias, pastorales, y en movimientos para la justicia social y el cuidado ambiental. Esta participación juvenil es una señal alentadora de un futuro con conciencia social y responsabilidad ecológica.
- La preservación de las lenguas nativas, las danzas, las artesanías y las festividades locales son signos de identidad y esperanza. Al salvaguardar y promover estas expresiones culturales, nuestro pueblo fortalece sus raíces y afirma su dignidad en el mundo moderno.
- A pesar de los retos, hay muchas familias que priorizan la educación en valores como la honestidad, el respeto y la fe. A través de sus enseñanzas y ejemplo, forman generaciones comprometidas con el bien común y con una visión de vida integral.
- En distintas comunidades, surgen emprendimientos que buscan una economía más justa y solidaria, como cooperativas de trabajo, almacenes de consumo, redes de comercio justo y proyectos de agricultura comunitaria. Estas iniciativas crean empleo, fortalecen el sentido de comunidad y contribuyen al desarrollo local.
- La presencia de laicos y consagrados que impulsan proyectos de apoyo social o conforman comunidades intercongregacionales para concretar planes, programas comunes o dedican tiempo y esfuerzo en las parroquias, centros educativos, comunidades rurales y lugares de frontera, de mucha pobreza, es un testimonio vivo de esperanza. Estas personas son testigos de fe y promotores de paz y amor en medio de sus comunidades.
- Nuestro pueblo tiene una fuerza que lo hace levantarse ante la adversidad, sea esta económica, social o climática. La capacidad de resistir y reconstruir es un signo de esperanza que brota de su profunda fe y su espíritu comunitario.

Celebrar la esperanza

El Jubileo es, ante todo, una celebración del don de Dios, recibido por la gracia de Jesucristo, en el Espíritu Santo, una celebración de nuestra esperanza. Por esto se están preparando varios eventos aquí, en Paraguay, en cada diócesis y pastoral: peregrinaciones, encuentros, retiros, gestos de solidaridad, momentos de oración en común, conmemoración de caminos de evangelización... Animamos a todas y todos a participar en sus comunidades,

parroquias y diócesis. La CEP tiene un equipo nacional que intenta coordinar las iniciativas. Invitamos a informar y recibir informaciones de este equipo al servicio de esta gran celebración de la esperanza.

Celebrar es también actuar:

“«No podemos limitarnos a esperar, tenemos que organizar la esperanza». Si nuestra esperanza no se traduce en opciones y gestos concretos de atención, justicia, solidaridad y cuidado de la casa común, los sufrimientos de los pobres no se podrán aliviar, la economía del descarte que los obliga a vivir en los márgenes no se podrá cambiar y sus esperanzas no podrán volver a florecer. A nosotros, especialmente a nosotros cristianos, nos toca organizar la esperanza [...] traducirla en la vida concreta de cada día, en las relaciones humanas, en el compromiso social y político. Me hace pensar en el trabajo que hacen tantos cristianos [...] ¿Qué se hace allí? Se organiza la esperanza. No se da una moneda, no, se organiza la esperanza. Esta es una dinámica que hoy nos pide la Iglesia”. (Francisco, Jornada Mundial de los Pobres 2021).

Podemos fortalecer los signos de esperanza y también suscitar nuevos signos.

Inspirados por los ejemplos que ya vemos, aspiramos a multiplicar esos signos de esperanza renovando nuestro compromiso con un futuro más justo y solidario:

Iniciativas locales para cuidar la Casa Común. El año del Jubileo debe comprometernos a iniciativas para proteger la naturaleza y restaurar el equilibrio ecológico. Soñamos con que proyectos como la reforestación, la preservación de cuencas hídricas, el uso de prácticas agrícolas sostenibles y la promoción de la educación ambiental en las instituciones educativas se conviertan en una realidad viva y dinámica. Que el compromiso con el cuidado de la Casa Común se fortalezca y se expanda, enfrentando con valentía los efectos de la crisis climática y la explotación irracional e irresponsable de la tierra, el agua y el aire. Que trabajemos juntos por la recuperación y conservación de nuestros ecosistemas y que las autoridades del Ministerio del Ambiente y Desarrollo Sostenible (MADES) y Fiscalía especializada en delitos ambientales escuchen los clamores de las comunidades, cumplan y hagan cumplir las leyes, construyendo así un futuro en el que la creación sea protegida y respetada como un don de Dios para todos.

Agua potable en el Chaco. El acceso al agua potable en regiones históricamente olvidadas, como el Chaco, es un desafío que aún espera ser resuelto. Durante mucho tiempo, estas comunidades han vivido en condiciones extremadamente difíciles debido a la falta de agua limpia, lo que afecta gravemente su salud y calidad de vida. Es urgente asegurar este bien vital a través de políticas y proyectos que garanticen un suministro constante y seguro

de agua potable. Esto, aparte de ser una muestra concreta de solidaridad con los más vulnerables, será un acto de justicia. Alcanzar este objetivo es crucial para asegurar el bienestar integral de las personas y promover un desarrollo sostenible en la región.

Un compromiso más fuerte y decidido de aquellos que tienen poder para hacer cambios. El Jubileo es una oportunidad para que los líderes políticos, empresariales y sociales se comprometan de manera más firme y decidida a tomar decisiones responsables que prioricen el bienestar de las personas y la protección de la naturaleza. Que el poder se utilice con sabiduría, no en función de intereses personales, o de grupos económicos, que solo buscan ganancias inmediatas, sino en servicio de una visión solidaria y sostenible que incluya el bienestar de las generaciones futuras. Queremos ver un cambio de mentalidad entre quienes ostentan el poder, un cambio que ponga a la persona humana y la naturaleza en el centro de sus preocupaciones.

Educación accesible y de calidad para todos. Anhelamos un país en el que todos los niños y jóvenes, independientemente de donde vivan, tengan acceso a una educación de calidad. Es nuestra esperanza que se implementen programas educativos sólidos que cierren la brecha entre las áreas urbanas y rurales, garantizando igualdad de oportunidades para el crecimiento y desarrollo de cada persona. Creemos firmemente que una educación equitativa es la clave para construir una sociedad más justa y solidaria. Para ello, será fundamental la construcción conjunta de un proyecto educativo que responda al Paraguay que queremos y necesitamos, con la participación de todos los actores de la comunidad educativa, en el marco de un necesario diálogo social.

Acceso a servicios de salud de calidad para todos. Para hacer crecer la esperanza, necesitamos que el acceso a la atención médica de calidad sea una realidad para todos, sin importar su ubicación o situación económica. Esto implica asignación de recurso suficiente que permita una infraestructura adecuada y personal capacitado, con salarios justos, tanto en áreas urbanas como rurales, con centros de atención primaria que brinden servicios preventivos, diagnósticos y tratamiento de enfermedades crónicas para evitar largos traslados. Es fundamental integrar la salud mental en el sistema, con programas de apoyo psicológico accesibles a todos, especialmente para jóvenes y adultos en situación de vulnerabilidad. Anhelamos un sistema de salud inclusivo y solidario, con apoyo para personas con discapacidad, con participación amplia entre el Gobierno, la sociedad civil, la Iglesia y organizaciones locales, donde cada ciudadano se sienta parte activa en el cuidado de la salud y la vida de todos. La salud y la vida de las personas no pueden depender de rifas, hamburgueseadas y polladas. La responsabilidad es de las autoridades del Gobierno, la solidaridad comunitaria es subsidiaria.

Reformas del sistema penitenciario. Debemos aprovechar el año del Jubileo para traer cambios sustanciales en nuestro sistema penitenciario. Si hay posibilidades de celebrar el perdón de las penas, hagámoslo. Necesitamos sobre todo atender las condiciones inhumanas de nuestras cárceles, mejorar la calidad de vida de los internos, combatir la corrupción imperante en el sistema penal, ofrecer verdaderos programas de rehabilitación. Exhortamos al Poder Judicial, al Ministerio Público, a la Defensoría Pública, a que pongan empeño en atender los derechos de los pobres en el acceso a una justicia pronta y gratuita. Así también, hacemos un llamado a la conciencia de los que tienen responsabilidades de gobierno y a la sociedad toda que la solución no es crear más cárceles, sino más oportunidades de vida digna de los sectores más vulnerables. Las cárceles tienen rostro joven. Necesitamos asumir el compromiso de cambiar esta situación juntos: Gobierno, iglesias, sociedad civil, actores sociales, políticos y económicos. Una sociedad justa y equitativa, con oportunidades para todos, es el camino de esperanza. Además, como Iglesia podemos hacer visitas y campañas de solidaridad. Asimismo, nos toca también acompañar con nuestra escucha, cercanía y oración a las víctimas de crímenes en sus procesos de sanación.

La esperanza que nos une y nos impulsa

La celebración del Jubileo 2025 es una ocasión especial para dar gracias a Dios por el don de la esperanza y para renovar nuestro compromiso con ella. Este año, las diócesis de Paraguay preparan encuentros de oración, peregrinaciones y actividades solidarias que nos ayudarán a experimentar la comunión y la alegría de ser Iglesia. Invitamos a todos a participar activamente, a unirse a sus comunidades para celebrar y fortalecer juntos la fe y la esperanza que nos animan.

Al hablar de esperanza, san Pedro (2ª Pe 3,12) nos habla de algo aparentemente contradictorio: "esperar y apresurar el retorno del Señor". En realidad, esperar y apresurar al mismo tiempo no es otra cosa que vivir creyendo, vivir amando y vivir comprometiéndonos con todo lo que implica paz, justicia y hermandad, características propias del Reino. «Las bienaventuranzas elevan nuestra esperanza hacia el cielo como hacia la nueva tierra prometida; trazan el camino hacia ella a través de las pruebas que esperan a los discípulos de Jesús» (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1820).

En este año del Jubileo, pidamos al Señor que aumente nuestra esperanza, "para dar testimonio de ella" (1ª Pe 3,15), que nos dé el valor para enfrentar los desafíos y la generosidad para ser portadores de su amor y de su justicia. Que María, nuestra madre y modelo de esperanza, nos acompañe en este camino

y nos inspire a vivir cada día con alegría y compromiso, siendo testigos de una esperanza que no se deja vencer.



1er. Domingo de Adviento, 01, diciembre 2024

Los Obispos del Paraguay